

CARRASQUER LAUNED, Francisco, *Palabra bajo protesta (antología poética)*, pórtico de Pere Gimferrer, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses / Zaragoza, Egido Editorial, 1999, XX + 217 pp.

Javier BARREIRO BORDONABA

La poesía de Francisco Carrasquer, como tantas veces sucede en nuestro medio, ha sido muy desigualmente publicada. Dada su originalidad y su fuerza, resultaba necesaria esta amplia antología que nos permite poner en su lugar a un poeta que, por haber vivido la parte central de su vida lejos de Aragón, no había tenido presencia en los habituales repertorios y estudios acerca de nuestra poesía. Por otro lado, sus ideas libertarias le vedaban la acogida por parte de los poderes culturales y su carácter, poco adicto a capillas y cenáculos, tampoco podía facilitarle la positiva recepción que en algunos ámbitos —no muchos ni muy poderosos, es cierto— se dispensa a quienes ostentan el marbete de «heterodoxo».

De hecho, la presencia de Carrasquer en Aragón se limita a sus intervenciones en los eventos senderianos —de sobra es sabido que se trata de uno de sus primeros y más conspicuos estudiosos—, casi siempre a través de los actos y publicaciones del IEA, y a la presentación de sus libros. Por cierto, que su original ensayo *El grito del sentido común. De los automatismos a la libertad* no tuvo la recepción merecida ni, como era previsible, fue tenida en cuenta la presentación, por parte de un numeroso grupo de firmantes, de su candidatura al Premio Aragón 1996, otorgado por el Gobierno de Aragón.

*Palabra bajo protesta* reúne poemas de siete libros —dos de ellos completos— y constituye un mosaico de la poesía de Carrasquer que abarca medio siglo. Poco frecuente en repertorios de este tipo resulta el hecho de que el poeta aporte una breve glosa preliminar de cada una de las obras recogidas. Acaso esto resultaría extemporáneo si se tratara de un solo libro —es la poesía la que nos debe hablar de sí misma, si lo logra— pero aquí tiene la justificación de que el largo periodo que abarca esta antología y las dificultades o peculiaridades de su publicación hacen conveniente que se nos dé alguna clave respecto a las circunstancias de su génesis y difusión.

Aunque Carrasquer sea un poeta que se caracteriza por su variedad de tonos o registros (intelectual, elemental, épico, existencial, social, amoroso...), es posible hablar de ciertas constantes personales que proporcionan la singularidad y la originalidad a que hace referencia Gimferrer en su prólogo. En efecto, Carrasquer no tiene ningún temor a obviar las modas, a faltar al respeto a los tópicos dominantes en cada tiempo. Sin duda porque, a pesar de su proteica cultura, la personalidad del autor, sus urgencias íntimas, son las que protagonizan la lisis poética. No podríamos, en cambio, hablar de humanismo en el sentido que se le dio en los años cuarenta y cincuenta a la llamada poesía «humanizada», sino de solidaridad cósmica o elemental. Todo esto con una energía que podríamos considerar «whitmaniana» porque Carrasquer, por más que en su vida exterior o pública apenas se manifieste por exceso de bonhomía o respeto a los demás, es hombre lleno de intensidad —como bien muestra su asendereada biografía—, de vehemencias, incluso, de serena conflictividad. Rasgos, naturalmente, matizados por la reflexión y la aplicación de categorías intelectuales y éticas.

Esa turbulencia personal a veces se aherroja porque el poeta conoce que el solipsismo únicamente se justifica teniendo en cuenta a los demás, nuestra contrafigura. Frente al sartriano «el infierno son los demás», Carrasquer nos diría: «Yo soy los otros» o, en todo caso, «el infierno somos todos». Así, el último de los libros recogidos en la antología, *Cántico mercurial*, cuyas tres partes están conformadas por la exaltación del Yo, del Tú y del Nosotros. Pero el poeta también conoce que «Cada ser es un rey, un rey terrible» y, como no podía ser de otra manera, su visión del mundo está mucho más cerca de Camus que de Sartre y es, por tanto, más humanista, más moderna, más inteligente. Por cierto que, pese a la aludida atemporalidad de su poesía, podemos encontrar elementos existencialistas ya en sus primeros poemas escritos en 1944, especialmente en los tan intensos «Punto muerto» y «Auto de fe y de exilio».

Otro «topos», que siempre se categoriza como genuinamente aragonés, es constante en esta poesía: ese conceptismo tan imbricado en el pensamiento y el estilo del poeta. La percepción de Carrasquer es siempre analítica pero continuamente se establece un juego de prioridades entre la razón y los sentidos. Desconfiando de una y otros, la salida es el juego lingüístico, el humor. Juegos ocasionales, humor grave, si se quiere, pero siempre asomando ese hocico burlón y escépticamente admonitorio.

El humor es viejo como la inteligencia del hombre, pero a más humor más modernidad. Hoy ya podemos decir que si estéticamente el siglo XX es algo lo es por ser el siglo de las vanguardias. Vanguardia hay en la poesía de Carrasquer desde el primero de sus libros, esos *Cantos rodados* publicados en 1956 pero escritos doce años antes. Reparemos, por ejemplo, en ese «Ballet elemental», vanguardista desde su mismo título. Y, aunque no constituya su registro más notable, tampoco desdeña la imagen surrealista. Lo podemos apreciar, entre otros, en el excelente poema de *Vís-*

*peras*, el tercero de sus libros, titulado «Historia artificial». Terreno este de la imagen surrealista en el que tiene concomitancias con la poesía de su coterráneo Sender e incluso podemos encontrar en alguna ocasión una identidad de tono, como sucede en el poema citado o en «Medallón», que le sigue en esta antología (p. 52):

Te tengo en medio de una sortija de oro  
formando medallón de esmaltes estelares,  
posando de soslayo como en los camafeos  
las princesas y vírgenes posan dulces y ovaes.

El tan ibérico expresionismo en este poeta paniberista se encuentra por doquier, pero sobre todo en el que, según el propio criterio del autor, es su libro poético más acertado y medular, el que corresponde a su momento poético más audaz y original, *Baladas del alba bala*, segundo de los recogidos en la antología (p. 43):

Le habían restregado las costras  
adheridas a sus palmas y a sus plantas  
por el camino de la culpa;  
le habían pelado luego el vello  
de la adolescencia pudibunda;  
le habían depilado las pestañas  
que le matizaban la luz torva;  
le habían desollado en fibra viva  
las circunvoluciones y las vísceras,  
cubriéndolas después con la membrana blanca  
recién sacada de un autoclave de alba.

Los tres libros posteriores: *Las fuerzas más suaves*, de signo positivo; *Mi galería*, mosaico de personajes admirados, y *El lustro de las amapolas*, que contiene tres largos poemas de inequívoco aliento épico-civil, anteceden al inédito *Cántico mercurial (proema total)*, del que se citó arriba su vocación de personal soledad solidaria y que constituye una suerte de resumen de las actitudes literarias y humanas de este autor, de su poesía cuajada de ideas que, cuando toman demasiada fuerza, pueden hacer que la expresión aparezca algo dura o rasposa, como habitualmente le sucedía a Unamuno.

Atendamos, pues, a esta antología, auténtico friso personal de un escritor y un hombre tan representativo de nuestra historia y de nuestro siglo y que, por su audacia, potencia intelectual y singularidad, debiera ser objeto de otra atención.